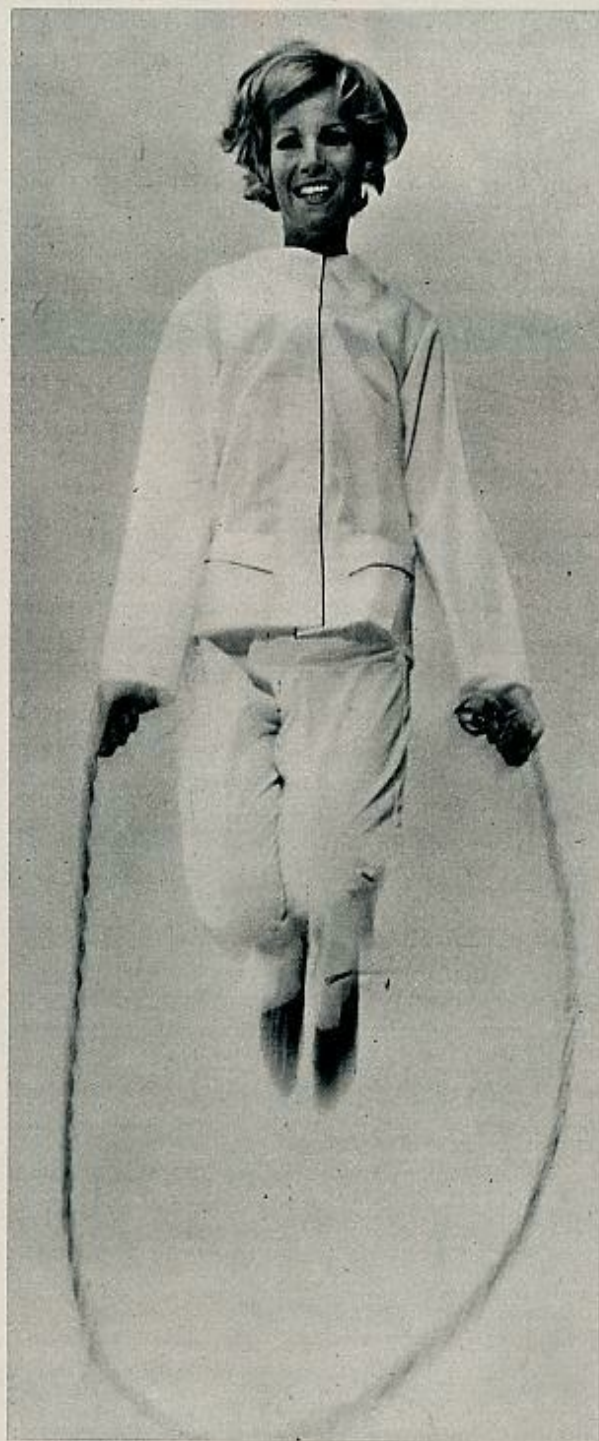


Terlenka[®] y... acción!



Pijamas tan cómodas que apetece llevarlas cuando se está despierto. Modelos distintos, colores de moda. Corra a buscar su pijama TERLENKA... y buenas noches.



LA tinta podría correr indefinidamente para escribir a propósito de la película, *La Biblia*.

La pasada semana hablé de su sentido general, y del marco con el que se rodea el Libro Sagrado. Hoy querría sacar a relucir algunos de los personajes que se ven en ella, caricaturizados en unas figuras que dicen desgraciadamente poca relación con el estudio moderno del texto bíblico.

Adám, en el Génesis, no es un hombre solo; sino la humanidad. Esta afirmación que —a algunos— chocará, ha sido enseñanza constante, desde hace años, de los mejores escrituristas protestantes, aun los más modernos como resume J. Jeremías en el Diccionario Kittel de la Biblia.

Hoy, tras el atraso producido por la excesiva reacción, en tiempo de Pío X, contra la herejía modernista, se va haciendo paso la misma idea entre los católicos. Desgraciadamente la gran renovación bíblica, que entonces comenzó en la Iglesia, sufrió un frenazo desalentador por varias decenas de años, que hoy vamos recuperando, tras las graves heridas recibidas por hombres eminentes como los padres Hummelaner, Pouget y Lagrange, o el seglar Guittton —hoy en el rehabilitado (por arte de Juan XXIII), pero ayer sospecho de modernismo heterodoxo.

«¿Qué significa en el contexto —del primer libro de la Biblia— la palabra "hombre"?», se pregunta el teólogo católico J. de Fraine. Y contesta: «El sentido del hebreo "adám" es ciertamente colectivo». Según el Génesis lo que Dios habría dicho es: «Hagamos a la humanidad».

De ese pasaje no podemos deducir nada, ni en favor del monogenismo —existencia de una sola pareja primitiva—, ni del poligenismo —existencia de varias parejas en el origen de la humanidad—. De los dos relatos de la creación que se leen en el libro Génesis, ambos muy distintos (uno sobrio y sencillo, el otro lleno de imágenes y profusión), nada puede concluirse.

La ciencia es la que tiene la palabra; y hoy parece que se inclina cada vez más hacia una solución plural, con varias parejas en el comienzo de la especie humana, por evolución del cuerpo a partir de los primates, pasando por algún eslabón intermedio. La Iglesia —en su magisterio— todavía se muestra, sin embargo, reticente; pero cada vez abre más el camino a una solución poligenista satisfactoria, según piensan y proponen prudentes teólogos como los padres Flick y Alszeghy, S. J., profesores de la Universidad Gregoriana de Roma, como hablé en mi artículo, «Los errores de Ottaviani».

LA Biblia hace religión, y no ciencia. Como decía en el siglo XVI el cardenal Baronio: este libro nos enseña cómo se va al cielo, pero no como funcional el cielo material que contemplamos con la vista. Los 4.141 años del hombre, según el texto hebreo de la Biblia; o los 5.225 de la versión griega, se han convertido, según geólogos católicos como Termier, en 50.000 años; o, según los antropólogos católicos como E. Boné, en 500.000. Pero nada de esto debe preocuparnos, porque la Biblia no pretende hacer historia cronológica de los orígenes humanos. En el tiempo que fue escrita, hubiera sido una pretensión completamente anacrónica e irreal el prestarle un rigor inusual en aquella época, entre los que escribían.

Ni Eva fue hecha de una costilla material. Eva fue formada con la misma dignidad básica que el hombre; y por eso el escritor bíblico la describe sacada de cerca del corazón humano, o sea de sus mismos elementos más elevados. Lo importante es que «aquellos que la Biblia dice sobre la formación de la mujer, no tiene igual en la literatura universal» (A. Stögl). El escritor sagrado promovió los valores de la mujer, incluso muy por encima de lo que algunos Santos Padres de los primeros siglos cristianos, pensaron.

Tampoco tenemos que comprender ingenuamente el pasaje del árbol prohibido. ¿Fue utilizada esta imagen para expresar un pecado sexual, una falta supersticiosa, o un vicio de orgullo divinizador? «El codice yavista, con su lenguaje de imágenes, presenta un campo fecundo para los discípulos de S. Freud, A. Adler y C. G. Jung. La serpiente y la mujer, el comer el fruto y la conciencia de la desnudez, invitan a reconocer en ello símbolos sexuales», se atreve a decir el prudente teólogo T. Kampmann, aunque se asuste un poco después de afirmado. Pero sea lo que fuere —pues autores católicos hay que defienden esas posturas—, el texto no nos dice nada decisivo, a través de sus literarias descripciones, lo importante es poner en primer término la existencia de un pecado, envilecedor de la dignidad humana, el principio de la vida humana.

Debemos saber, sin embargo, que estas ideas —aparentemente nuevas— tuvieron insignes representantes que las sustentaron en la historia de la Iglesia, como el profundo cardenal Cayetano en el siglo XVI.

L primer drama sangriento de la humanidad —en conexión con la vida religiosa de los hombres— tuvo lugar en Caín y Abel, los hijos de Adám y Eva según el Génesis.

Un proceso rutinario ha identificado —año tras año y siglo tras siglo— a Caín con el mal, y a Abel con el bien. Y así «la comprensión de esta historia se dificulta porque se sitúa en el ingenuo mundo de las imágenes e ideas infantiles: Caín el malo, mató a Abel el bueno». Pero «este tipo de figuras bíblicas requiere una urgente corrección». Y, por eso, habría que preguntarse —como hace T. Kampmann—: «¿Quién era Caín? La mentalidad infantil lo tiene por un bárbaro primitivo; pero el texto yavista (del Génesis) no lo presenta así claramente».

ADAN EVA Y Cía

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Cain en realidad es una figura representativa —como revelan las esculturas de la catedral de Ulm—, y «aparece como un ser habitualmente triste... como un hombre con aquella dimensión de profundidad que representó Dostoiévski, e interpretó Kierkegaard... Para este gran pensador danés, la melancolía de Nerón fue la causa —como pudo serlo de Caín— de su sangre fría y crueldad» (o. c.). Así se empezaría uno a explicar la compleja figura que la Biblia nos quiere describir con ingenuo lenguaje.

Cain era el primogénito, y el más competente en la profesión; y posteriormente fue el fundador de las ciudades. Y su descendencia es presentada como el germen de la civilización urbana, que hoy vivimos tan arrolladoramente.

Abel, en cambio, era un hombre débil. Su dedicación al pastoreo le llevó a la pasividad, y el abandono. Al contrario que su activo hermano, que en una primera fase fue agricultor —nivel más civilizado que el de pastor—; y después resultó organizador de la «política»: de esa amplia convivencia humana, necesaria para el desarrollo de la civilización.

Pero Abel no era, tan claramente como se dice, el preferido de Dios; porque, en la Biblia, a los elegidos y bendecidos por Dios, se les suele dar descendencia como signo del agrado divino, y Abel no la tuvo. Pero Cain, en cambio, sí tuvo descendencia.

Por otro lado, la amistad con Cain nunca la perdió Dios del todo: sus preguntas antes de castigarle, son reveladoras de ello. Y, después, de hacerlo, es su propia inquietud interior —su conciencia angustiada— quien le lleva a hacer esa vida nómada; pero protegida por Dios, quien le pone una señal para que nadie le haga daño.

La ingenua dicotomía absoluta del bueno y el malo, que se nos presenta en las historias bíblicas, no se ve claramente en el texto sagrado. El significado del relato se dirige, probablemente, a llamar la atención de los hombres activos —personificados por Cain— para que sepan respetar a los necesitados, a los indigentes y a los menos dotados —simbolizados por Abel—; y se les exige que estén dispuestos a darles una seguridad en la vida y una protección, y no el desprecio, ni la lucha de exterminio contra ellos. En una palabra: es algo así como —dando un salto de siglos— la condenación de todos los nazismos desalmados, con campos de concentración, experimentos humanos, o con el exterminio racista, los cuales son la tentación de violencia de todos los factores de una nueva civilización, o de una nueva sociedad.

Los demás detalles de la vida de Cain —descrito en la Biblia en plena Edad Neolítica, y no en un contexto primitivo de la humanidad— sirven de marco para ser «presentado como padre más bien de los nómadas quineos —que vivieron mucho después de la primitiva humanidad, y de los que hablan los libros de los Jueces y de Samuel—; y esa riña entre hermanos, lo que hacía era reflejar las continuas luchas y hostilidades entre agricultores, establecidos en sus tierras de labor, y los rapaces nómadas de la estepa» (padre Schweigler, O. S. B.).

No caigamos ya más, en ingenuidades interpretativas.

ALGUIEN podría decir; pero, ¿por qué airear todas estas interpretaciones críticas? ¿No debía quedar esto a nivel de revistas especializadas para teólogos?

No es así el pensamiento corriente en la instrucción que se da a los católicos en cualquier punto del globo terrestre. Varias ideas de este artículo, y del anterior, más o menos resumidas, las podemos leer en libros de divulgación traducidos incluso al castellano; y nada digamos de revistas católicas de gran difusión en América, como el semanario de gran tirada que publica la Acción Católica, «Our Sunday Visitors», donde el padre Mulleh y monseñor J. D. Conway hablan con toda libertad de estas interpretaciones tan razonables de esos antiquísimos documentos; y lo mismo el manual de instrucción

religiosa popular del padre Walsh, S. J. Así se podría conseguir una educación adecuada de nuestra juventud, para que no estén en perpetuo conflicto sus vivencias y dogmas religiosos, con la ciencia histórica o natural, o con su propia razón. De esta forma se despegará, además, el núcleo religioso que es el mensaje esencial de la Biblia, y no la centraremos en detalles, que sólo son formas literarias, o maneras de hablar propias de hace decenas de siglos.

Llegaremos también, de esta manera, a comprender un hecho que a muchos comentaristas populares se les había escapado: el progresivo desarrollo de la conciencia humana, a través de la historia de los hombres.

Abraham —el gran cheik del desierto—, el primer eslabón histórico —y no prehistórico— de la Biblia, es presentado como padre de los creyentes y gran figura moral. Y, sin embargo, vemos en él unas actitudes que hoy chocarían a cualquier persona normal.

O, dando un paso más, podríamos sacar a relucir la actitud de Lot con sus hijas, o de ellas mismas con su padre: el primero entregándolas a los sodomitas, y las segundas utilizando a su padre como fautor de sus propios hijos.

Pero todo conflicto deriva de una falta de perspectiva. La fina intelectual que fue Raïssa Maritain —la inolvidable mujer del filósofo católico del mismo nombre— planteó este problema en uno de sus mejores libros, que tituló: «Historia de Abraham, o Las primeras edades de la conciencia moral».

En él se ve bien claro, cuanto quiero aquí resumir. Si Abraham era un hombre, evidentemente ejemplar en su intención de justicia; no por eso se puede deducir que su manera de entenderla sea aceptable hoy. Cuando miente a los egipcios para salvar su vida, y entrega a su mujer al Faraón, estamos en un caso bien claro de esa evolución de la conciencia que ocurrió necesariamente poco a poco, a través de los siglos. «La conciencia moral explícita, fue adquirida en todos los lugares tras un proceso lento que sólo al final se llegó a alcanzar. Adquirida progresivamente, no ciertamente en sus principios, ni en cuanto al sentido del deber y la obligación. Pero sí en cuanto al conocimiento completo de las leyes morales naturales, y las que derivan del positivo mandato de Dios: como es, por ejemplo, la monogamia, que participa del derecho natural y del divino positivo» (R. Maritain).

El camino que recorre la humanidad es siempre progresivo, aun en lo que respecta a la ley moral: «Las leyes positivas divinas son conocidas por una revelación progresiva; y las leyes morales naturales, por lenta adquisición» (ídem).

«Una conciencia perfectamente recta, puede ser —en algunos aspectos— una conciencia crepuscular; y, por eso, «en cada instante la inocencia del hombre consiste en no pecar contra la luz que tiene en aquel momento presente en su conciencia... Y no sólo la inocencia; sino la santidad...», es compatible con un estado de la conciencia que no sea completamente claro» (R. Maritain). Ese es el caso de Abraham, ni más ni menos.

Querida por Dios su sinceridad de conciencia; pero siendo imperfecta, al mismo tiempo, la luz y desarrollo de la misma. Desarrollo que es deseado por Dios, que quiere evitar el que quedemos estáticamente parados ante cada momento de la historia. Hacer esto último —vivir sin perspectiva ni desarrollo moral—, sería condenarnos a un perpetuo conflicto interior, y a un escándalo constante e insoluble para nuestra desarrollada razón del siglo XX.

«La poligamia y el concubinato eran instituciones, entonces reconocidas; y toleradas por Dios en razón de la rudeza del espíritu de aquellos hombres», dice esta escritora católica.

Nosotros no hemos de inventar misteriosas órdenes directas de Dios, para justificar, por ejemplo, la dureza de Sara —la mujer de Abraham— con el hijo de su esclava Agar. Todo se explica en el esquema, antes esbozado por esa inteligente pensadora católica: porque una cosa es la sinceridad de una conciencia sin evolucionar, y otra muy distinta la ley moral más desarrollada que hoy, tras siglos de progreso humano, vemos como evidente.

No es otro el sentido mismo de esas voces de Dios —de esa Revelación en que creemos los cristianos—. Porque no es ni una estentórea voz, salida de las nubes; ni un gigantesco altavoz, sonando en el desierto. «No sabemos cómo reveló Dios estas verdades religiosas a su pueblo: posiblemente fue guiando el crecimiento de sus conciencias; y, entonces, inspirando, a ciertos escritores elegidos, para poner esta conciencia religiosa en forma literaria» (monseñor J. D. Conway).

LA tragedia está en la falsa educación religiosa que, en estas materias, solemos recibir. Todavía somos deudores —en un siglo de adultez de la razón humana— de un mundo de representaciones religiosas infantiles, del que muchas veces no tenemos nada más que dos salidas: o aferrarnos dramáticamente a esa concepción infantil; o caer en el escepticismo total que se niega a aceptar, no sólo ese mundo imaginativo, sino la revelación de fondo que realmente latía en él. Pero si somos verdaderamente «maduros», superaremos nuestra crisis, y sabremos desear el accidental, lo que es simple envoltura; para quedarnos con lo esencial, con el mensaje básico de amor entre los hombres, y con nuestra permanente relación, con el Dios que late en nuestro interior, como un misterio de dinamismo, cercano y alejado al mismo tiempo —en extraña paradoja—, según lo presenta Rahner a los hombres de nuestra época, porque la realidad es que en el hombre hay algo más que el hombre solo.